



Es que no tenemos otra manera de expresarnos

El sufragio anulado deliberadamente luego de acudir, en primer lugar, a la casilla de votaciones, es el único —y último— recurso que nos queda para que se escuche nuestra voz. Tan sencillo y tan lamentable como eso

La intención, muy personal, de anular el voto puede ser aprovechada con descarado ventajismo por algún partido o por alguna de las sectas políticas del montón. Pero, más allá del uso que se le pueda dar, la decisión de dejar la boleta electoral en blanco o de llenarla de tachones es un innegociable ejercicio de soberanía individual.

Nuestro descontento no es una invención ni una quimera. Estamos hartos de una casta de políticos mediocres, cobardones, oportunistas y corrompidos. Muchos de nosotros tenemos ideas muy claras de lo que queremos para este país: deseamos, antes que nada, vivir tranquilos y seguros. No es una exigencia desmedida sino la primerísima condición para el funcionamiento de una sociedad civilizada. Bueno, pues una garantía tan fundamental no nos es asegurada. Me he cansado de decir, en estas páginas, que la guerra que el Estado mexicano ha emprendido contra las mafias criminales es ciertamente necesaria pero, a la vez que las fuerzas policiales persiguen a los narcotraficantes, hay otro frente abierto, el de la delincuencia común, donde las bajas en combate son

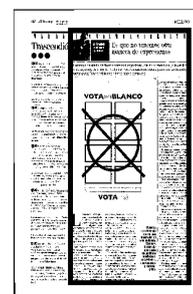
aterradoras: niños secuestrados, comerciantes asesinados, padres de familia atacados, etcétera, etcétera.

De entrada, la situación de riesgo personal y de daño patrimonial que afrontan los ciudadanos de México sería ya una poderosísima razón para manifestar la mayor de las inconformidades. Sabemos, además, que el aparato de justicia de este país está absolutamente podrido y que la impunidad —apenas uno de cada 100 delitos se trasmudan en una pena de prisión para el criminal— es el combustible que sigue alimentando a la delincuencia. Pero, justamente, a una situación indignante e inaceptable se viene a sumar la escandalosa ineptitud de unos politicastos que, por intereses espurios y una grosera ausencia de sentido del bien común, son incapaces de tomar decisiones tan apremiantes como la homologación de los diferentes Códigos Penales, la creación de una Policía Nacional (se les ha puesto machaconamente el ejemplo de la Gendarmería chilena y la Guardia Civil española pero, como las cosas se tienen que hacer a la mexicana —eso sí, no serán muy eficientes ni muy cumplidores pero el nacionalismo lo traen a flor de piel— pues entonces prefieren no hacer... nada), la independencia

del Ministerio Público o la mera construcción de cárceles para encerrar a la gentuza que los esforzados policías y militares logran detener todos los días.

El tema de la seguridad es, en efecto, imperioso y perentorio. Sin embargo, la crónica inmovilidad de la casta política nacional se expresa en prácticamente todos los renglones de la vida pública: se habrán enterado ustedes de que casi la mitad del presupuesto aprobado por la Federación para luchar contra la inseguridad en los estados... ¡no se ha ejercido! Pues, de la misma manera, proyectos, propuestas y planes se quedan archivados en los escritorios de una burocracia mastodóntica e indiferente patrocinada, desde luego, por esa partidocracia nuestra dedicada a complacer a los caudillitos de los sindicatos que le aseguran el “voto duro” y a achicarse cada vez que hay que plantar cara a las diferentes mafias.

Así las cosas ¿qué recurso nos queda para expresar nuestro enojo? ¿Acaso vamos a acudir dócilmente a las urnas para votar por los mismos de siempre? ¿No hemos visto, encima, la artera ofensiva de los partidos contra ese IFE que era, de entre todas las instituciones de la República, la que más nos

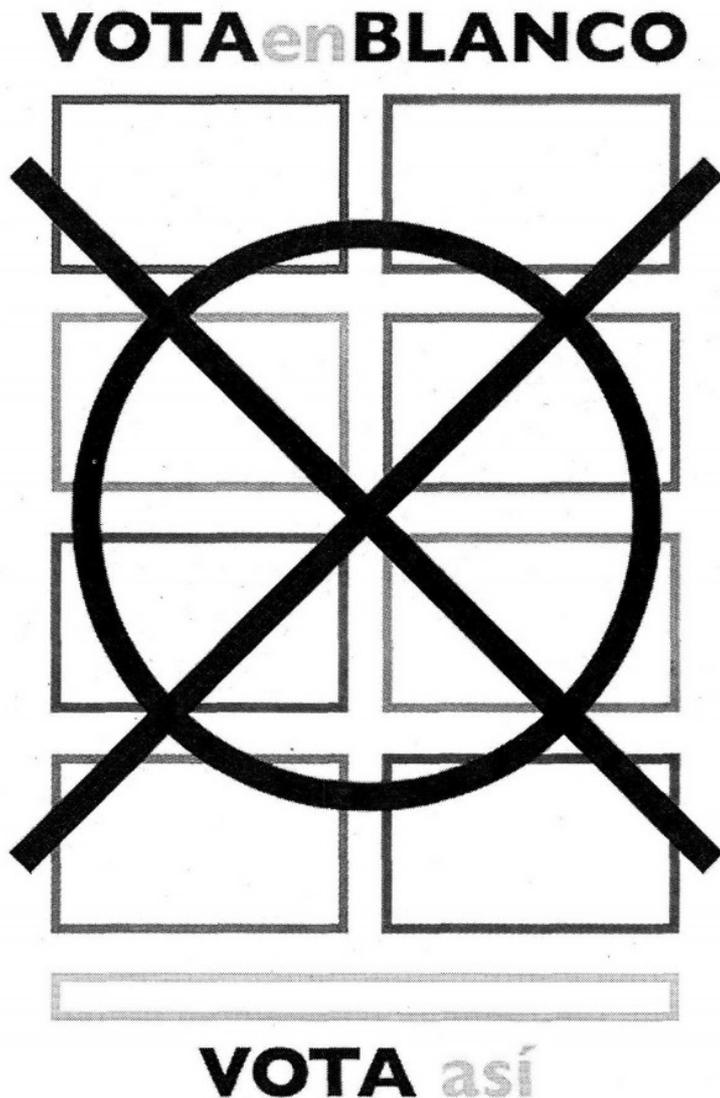


representaba a los ciudadanos? ¿No han, esos mismos partidos, fraguado un engendro de reforma electoral que nos imposibilita, a nosotros —los que votamos y los que pagamos de nuestro bolsillo los dineros que ellos malgastan alegremente— pagar un anuncio en un diario o en la tele para pregonar que tal o cual candidato es un rufián o un necio?

El sufragio anulado deliberadamente luego de acudir, en primer lugar, a la casilla de votaciones, es el único —y último— recurso que nos queda para que se escuche nuestra voz. Tan sencillo y tan lamentable como eso. ■■

revueltas@mac.com

**Nuestro
descontento
no es una
invención ni
una quimera.
Estamos
hartos de
una casta
de políticos
mediocres,
cobardones,
oportunistas
y corrom-
pidos**



ESPECIAL